

El primer round para la inflación

Miguel Ignacio Purroy

- * Hoy persiste en la opinión pública el mismo estado anímico de Incertidumbre, pero la angustia va desplazando a la esperanza. Es lógico que la gente se plantee cada día con más ansiedad la interrogante sobre la bondad del programa económico.**
- * Una vez más el gobierno pecó de optimismo irresponsable al manejar cifras y metas irrealizables.**
- * Como actitud general, frente a la incertidumbre venidera las industrias y el comercio han optado por aumentar sus precios al máximo, no importa cuáles sean sus costos.**
- * La vieja prédica izquierdizante sobre las estructuras monopólicas y oligopólicas del mercado venezolano está demostrando ser más cierta de lo que a muchos les gustaría.**
- * Es muy pronto para sacar conclusiones. Existen, sin embargo, indicios preocupantes.**

Cuando hace 100 días el Presidente anunciaba su programa económico, la gente se encontraba desconcertada, pero también esperanzada. Hoy persiste en la opinión pública el mismo estado anímico de incertidumbre, pero la angustia va desplazando a la esperanza. El duro impacto de la inflación y la recesión, que se han hecho sentir ya desde marzo, demuestra que el programa de "ajuste" va en serio. La inflación se ha encargado de sensibilizar a la población sobre los asuntos económicos. Es lógico que la gente se plantee cada día con más ansiedad la interrogante sobre la bondad del programa económico.

Aun cuando será recién hacia fines de año que puedan efectuarse análisis más concluyentes, siempre es posible encontrar indicios de los logros o fracasos del programa en el corto tiempo de su puesta en marcha. Lamentablemente, la inflación está ganando el primer "round".

De acuerdo al análisis que efectuáramos en el número del pasado marzo, deben considerarse ciertos aspectos claves para tomarle el pulso a la implantación del programa económico. El primero y principal de ellos es el control de la inflación, el cual está íntimamente ligado al control del déficit fiscal y a la estabilización del bolívar. Le sigue a mediano plazo el flujo de inversiones y de créditos externos, que permitan cerrar la brecha de nuestras cuentas externas. Y es también fundamental observar la coherencia del programa en materia social y de políticas de ingresos.

EL DESPEGUE INFLACIONARIO

Nada halagador ha sido el arranque del programa en materia de inflación. Se sabía que los meses de marzo, abril y mayo iban a reflejar la variación de precios producto del pase de las importaciones al dólar libre, pero los artifices del plan nunca se esperaron tales tasas de incremento. La inflación de marzo fue de 21.3% y la de abril de 13.5%. Para mayo y junio juntos se espera un aumento no menor del 30% lo cual arrojaría una inflación cercana al 70% sólo en el primer semestre del año. En medio año se habrá logrado duplicar la meta de inflación del 35%, que el Gobierno se había fijado para todo el año 1989.

Si nos atenemos a cifras distintas a las oficiales suministradas por el BCV, la inflación ha sido superior. El costo de la cesta familiar según la firma "Dun & Bradstreet" ha aumentado un 63% entre enero y abril, pasando de 3.167 Bs. en enero a 5.167 Bs. en abril. De nuevo el renglón de alimentos y bebidas ha actuado como la locomotora de los aumentos. Las perspectivas de inflación para mayo y junio se basan precisamente en que todavía no ha finalizado el "ajuste" originado por el pase al dólar libre de los insumos de la industria alimenticia. El gobierno reconoció por vía de excepción el dólar preferencial de 14.50 para las importaciones de este sector posteriores a diciembre, a cambio de unos "precios puente" durante marzo y abril. Pero ya están apareciendo precios como el del kilogramo de pasta a Bs. 50 y el de leche en polvo a 200 Bs., por mencionar sólo dos ejemplos.

¿Qué ha pasado? En primer lugar, que una vez más el gobierno pecó de optimismo irresponsable al manejar cifras y metas irrealizables. La matemática más elemental nos dice que una devaluación del 250% no puede quedarse en una inflación del 35%. En segundo lugar, que las empresas no están dispuestas, y muchas ni siquiera están en condiciones de absorber el costo del pase de las cartas de crédito de 1988 al dólar libre. Se pretende recuperar con los precios de 1989 el sobre costo no absorbido en 1988.

Por otra parte y como actitud general, frente a la incertidumbre venidera las industrias y el comercio han optado por aumentar sus precios al máximo, no importa cuáles sean sus costos. Esa actitud forma parte de la lucha distributiva que los procesos inflacionarios suelen traer consigo y donde el primer movimiento suele corresponder al bando del capital. Al fin y al cabo, la inflación no es otra cosa que expresión de la lucha por la distribución del ingreso entre los agentes económicos. Esta verdad tan simple parece haber sido también ignorada por los diseñadores del programa económico. No sólo están fallos en matemáticas, sino también en Economía Política.

Finalmente, la vieja prédica izquierdizante sobre las estructuras monopólicas y oligopólicas del mercado venezolano está demostrando ser más cierta de lo que a muchos les gustaría. Frente a tal "fuerza"

del mercado, ni los discursos del gobierno, ni los "días de parada" de los consumidores pueden hacer gran cosa.

BOLIVARES ESCASOS Y CAROS

Al adoptar el Gobierno la filosofía de la "liberación" económica (cero controles intervencionistas), apenas le ha quedado el instrumental de la política monetaria para enfrentar la inflación. La estrategia consiste en lograr que el dinero se haga escaso (restricción de la liquidez) y caro (aumento de las tasas de interés), para de esa forma disminuir la masa circulante de bolívares en manos del público y de las empresas, bajando así la presión por el lado de la demanda.

El BCV está utilizando un mecanismo muy sencillo y efectivo para reducir la liquidez. Está entregando a los bancos dólares para el pago de las cartas de crédito pagaderas a dólar libre, cargándoles en cuenta los bolívares correspondientes y sacándolos de circulación. Todos los bancos importantes se han visto últimamente en apuros tan serios, como los que en otras épocas hubieran ameritado estudiar una intervención. Como muchas empresas no disponen de fondos para hacer frente al pago de esas cartas de crédito, los bancos se están viendo obligados a prestar a sus clientes parte de esos fondos, agotando así su ya limitada capacidad de otorgar créditos. No se consiguen hoy créditos para financiar nuevas actividades económicas o para ampliar las existentes.

Adicionalmente, el poco crédito existente se ha ido encareciendo. De un nivel inicial de 28% hasta marzo, la tasa de interés subió a 35% en abril y 37% en mayo. Va a ser imposible imponer tasas de interés reales, positivas (es decir, superiores a la inflación), como originalmente se proponía el gobierno, pero son de esperar nuevas alzas en los próximos meses. En medios financieros se menciona la tasa de 45%.

Como resultado de esta política, el BCV ha mantenido prácticamente estancada la liquidez desde enero. Teniendo en cuenta que la inflación hasta abril no ha sido inferior al 40%, ello significa que la masa monetaria "real" ha disminuido en la misma proporción. No va a ser esa la proporción de la disminución de la actividad económica, porque influyen también otros factores como la velocidad de rotación del dinero, pero no hay duda de que tal contracción real de la liquidez conducirá a una fuerte recesión económica. No nos es grato repetirlo tantas veces pero

está claro que en el corto plazo la recesión y el desempleo son la única medicina efectiva para frenar la espiral inflacionaria.

¿FIN DE LA DEVALUACION DEL BOLIVAR?

La drástica reducción de la liquidez ha tenido un segundo objetivo: estabilizar la cotización del dólar. La paridad dólar/bolívar se ha mantenido estable al nivel de comienzos de año (alrededor de 37 Bs. por 1 US\$). El BCV no ha cometido la inicialmente temida imprudencia de intentar bajar la tasa de cambio a niveles de 30 Bs./\$. De forma holgada y efectiva ha sabido controlar los movimientos del mercado libre de divisas.

Pero lamentablemente sería apresurado interpretar esta estabilización de la tasa de cambio como un indicio del éxito

del programa de ajuste o sacar la conclusión de que la devaluación del bolívar ya tocó fondo. Para ubicar esta estabilidad en su real significado, deben tomarse en cuenta los siguientes factores. En primer lugar, la aguda escasez de bolívares ha anulado la posible presión de demanda de divisas por parte de las empresas y los bancos. Si aunamos a esto, en segundo lugar, que el BCV ha dispuesto de una caja holgada de dólares, producto del cese de los pagos de la deuda externa, se entiende que se le haya hecho fácil dominar el mercado libre de divisas.

Pero sobre todo ha influido el hecho de que, a causa de la indefinición de las políticas de importación y de los elevados inventarios de las empresas, la demanda de divisas para importaciones de bienes no se ha hecho sentir todavía. La verdadera prueba de la estabilidad del bolívar



se producirá cuando deban reanudarse los pagos de la deuda externa y se reinicie el flujo de importaciones, cosa que sucederá inexorablemente en el segundo semestre del año.

A mediano plazo el factor determinante de la tasa de cambio del bolívar será la evolución de la inflación interna. El impulso inflacionario de los pasados tres meses ha acercado los poderes de compra del bolívar y del dólar. Antes se compraba con un dólar muchos más bienes en Venezuela que fuera de la frontera. Hoy, con el alza de los precios internos a niveles internacionales, la situación se ha prácticamente equilibrado. Eso quiere decir que en la medida en que a partir de ahora los precios internos se incrementen a mayor ritmo que los precios externos, en esa misma medida se devaluará el bolívar respecto a las otras monedas. El arma de la illiquidez sólo servirá para posponer por más o menos tiempo los movimientos cambiarios.

EL CLIMA DE INVERSION Y LOS RECURSOS EXTERNOS

Una gran interrogante de la estrategia adoptada por el gobierno se refiere al despegue del proceso de inversión, que se necesitará para superar el desequilibrio estructural de nuestras cuentas externas. Sin un impulso vigoroso de nuevas actividades exportadoras, los esfuerzos y sacrificios de la primera fase del ajuste serán vanos. En ese proceso, el papel principal le corresponderá al capital extranjero, tanto en forma de inversión directa como en forma de financiamiento externo.

Hasta el momento, las perspectivas en este campo no incitan al optimismo. La banca privada extranjera está muy rehuente a reanudar los flujos de créditos "voluntarios". Daría la impresión de que su aporte no irá más allá del mínimo indispensable de recursos que el país necesitará para no interrumpir el servicio de la deuda externa. No han acogido con agrado el esquema del Plan Brady para reducción de la deuda. Se avecina un proceso de renegociación más duro del que inicialmente el gobierno venezolano auguraba.

En lo que se refiere a los organismos de crédito multilaterales (FMI y Banco Mundial), las expectativas son ciertamente más promisorias. La ventaja para los países endeudados reside en que estas instituciones no pueden negar los recursos, mientras se cumplan con las condiciones pactadas. Al parecer, Venezuela firmará los acuerdos con el FMI y el BM en este mes de mayo. El peligro de estos cré-

ditos reside, sin embargo, en que se destinan normalmente a cubrir déficits de balanza de pagos o a financiar obras básicas de infraestructura pública (carreteras, represas, etc.). Si no vienen acompañados de inversiones para la exportación, el país termina con una deuda externa más voluminosa, pero sin un incremento de su capacidad de generación de divisas para el repago de los créditos.

Así como al gobierno de Luis Herrera se le criticó la devaluación del Viernes Negro y al de Lusinchi el agotamiento irresponsable de la reservas, al de Carlos Andrés Pérez se le criticará dentro de cinco años haber aumentado alegremente la deuda externa.

Los inversionistas extranjeros privados se encuentran en observante espera. Proyectos importantes anunciados a fines de la administración anterior en las áreas básicas del aluminio y petroquímica han sido temporalmente paralizados o están siendo redimensionados en su alcance. En general, la inversión extranjera preferirá esperar a que el programa de ajuste demuestre su éxito o fracaso. Lo angustioso del asunto reside en que esa inversión es un elemento esencial de la estrategia, sin la cual su éxito no será posible. Estamos frente a un círculo vicioso, que no se sabe bien por dónde romperlo.

¿CARIDAD O POLITICA SOCIAL?

La gran interrogante que enmarca todo el programa económico del nuevo gobierno se refiere a su viabilidad social y política. Un programa de estas características sólo puede tener éxito si se aplica con inexorable coherencia. Su lógica central descansa sobre la premisa fondomontarista de que la restitución de los equilibrios externos y fiscales pasa por una disminución de la demanda interna y en concreto por una reducción del ingreso real de la población. En otras palabras, debe aceptarse un período de ajuste fuertemente recesivo, cualquiera que sea su costo social.

De acuerdo a esta lógica, la política social durante el ajuste debe limitarse a un ejercicio de caridad frente a la indigencia extrema. Pretender simultáneamente el programa de ajuste con una política social tendiente a mejorar o incluso mantener el nivel de vida de la población, atentaría contra la esencia misma del programa. Al final volveríamos al punto de partida pero con una inflación desatada.

No nos malinterprete el lector. Estamos muy lejos de propugnar un abandono de la política social progresiva y redistri-

butiva. Simplemente afirmamos que en este programa económico tal política no tiene lugar.

Por esta razón es de suma importancia hacerle seguimiento a las medidas de compensación social y en especial al grado en que pueden afectar la meta de reducción del déficit fiscal, porque es bien sabida la influencia directa que ejerce el déficit fiscal sobre la inflación. Aun cuando en términos generales el gobierno se ha mantenido bastante consecuente con sus propósitos iniciales, han surgido algunas desviaciones respecto a las cifras programadas. El programa de subsidios a los intereses hipotecarios, por ejemplo, se elevó de 2.000 a 10.000 millones de bolívares. El Plan Nacional de Obras, que pretende generar 170.000 empleos con un costo de 20.000 millones de bolívares, no estaba explícitamente considerado en el paquete inicial.

MOTIVOS DE SUSPICACIA

Es muy pronto para sacar conclusiones. Existen, sin embargo, indicios preocupantes. No ha finalizado todavía el proceso de ajuste de precios, pero ya los incrementos salariales de marzo han sido anulados por la inflación a estas alturas de mediados de mayo. Sigue vigente el decreto de inamovilidad laboral, pero se está formando un fuerte desempleo "latente", producto de la disminución de la actividad económica. Hay sectores productivos trabajando ya al 50% de su nivel de actividad normal o incluso al 20%, como es el caso del sector automotriz. Estos factores configuran un panorama de fuerte presión social en el segundo semestre, que se desarrollará sobre todo a nivel de centros de trabajo. De la forma como se maneje esta situación de conflictividad social, dependerá el éxito de la estrategia económica.

No puede uno evitar la suspicacia cuando miembros muy destacados del gobierno empiezan a emitir declaraciones como las del Ministro de la Secretaría Reinoldo Figueredo, que ha condicionado el éxito del programa a la buena disposición de la banca extranjera en otorgar dinero fresco. O la afirmación del Ministro de CORDIPLAN Miguel Rodríguez, que ha culpado de la inflación al retardo timorato en aplicar la reforma arancelaria. Gusta también entender que Carlos Andrés Pérez y Juan José Delpino mantengan a puertas cerradas las mismas discrepancias que en el foro público. Pareciera como si cada quien en el gobierno guardara en el bolsillo su propio pasaje de regreso.